

CAPITULO XXV.

- « Ve, sacude las talegas
 » Que los monges han guardado;
 » Saca de su calabozo
 » A los pobres mejicanos.
 » Bien quisieran que me fuese,
 » Mas yo de aquí no me alargo,
 » Tratandose nada menos
 » Que de un tesoro tamaño.
 » Las ocasiones como estas
 » No se hallan á cada paso;
 » Y por mas que me escomulguen,
 » De aqueste sitio no salgo. »

(SHAKSPEARE. *El rey Juan.*)

LA noche fué borrascosa, el viento y la lluvia se sucedian alternativamente. — ¡ Ay Dios mio! dijo el mendigo al acercarse al viejo roble cuyas espesas ramas le ponian á cubierto de la lluvia, y cuyo ancho tronco le resguardaba del viento, ¡ cuan estraña é inesplicable es la naturaleza humana! Es preciso que ese Dous-terdiablo esté bien hambriento de dinero si comparece, en una noche como esta, en sitio tan triste y solitario. Y yo, ¡ no soy todavía mas loco que él, perdiendo el tiempo aguardandole aquí?

Despues de haber hecho estas prudentes reflexiones, envolvióse en su capa azul, y fijó los ojos en la luna, que parecia de cuando en cuando entre las nubes que despejaba el viento. La pálida y melancólica luz que enviaba el astro de la noche por entre las sombras, dando de lleno en los arcos de las bóvedas y las ventanas transversales del antiguo edificio, hacia visibles por un momento las ruinas, que luego no formaban mas que una negra y confusa masa. El lago recibia tambien su parte de aquellos relámpagos pasajeros de luz que presentaban sus espumosas aguas agitadas por el uracan; y cuando una nube cubria el disco de la luna, no se distinguía mas que el murmullo de las olas que espiraban en la arena de la orilla. Por el angosto valle resonaba el crugimiento de los árboles, y cuando se moderaba un poco el furor de los vientos, aquel ruido se convertia en un ligero susurro semejante á los suspiros de un reo rendido á los dolores del tormento. Esta reunion de circunstancias hubiera procurado á la supersticion aquel goce de terror misterioso que aprecia y teme al mismo tiempo; pero el ánimo de Ochiltrie era inaccesible á semejantes ideas, y su imaginacion le transportó á las escenas de su juventud.

— Mas de una vez, dijo para sí, y en peores

noches que esta, he estado de faccion en las avanzadas tanto en Alemania como en América, y constandome que podia haber en los bosques inmediatos una docena de cazadores enemigos; pero siempre permanecí activo y firme en mi puesto, y nadie puede vanagloriarse de haber encontrado á Edie dormido.

Diciendo esto, se puso como por instinto su baston herrado al hombro, como si fuese un centinela, y al oír adelantarse alguien, gritó con un tono mas proporcionado á sus recuerdos militares que á su estado actual: — ¡Alto! ¿quien vive?

— ¡Diaplo! pon Edie, respondió Dousterswivel, ¿por que lefantar tanto la foz como si estar on soldado de faccion?

— Porque así me lo figuraba. ¿Que espantosa noche! ¿ha preparado vm. una linterna y un buen saco para meter el dinero?

— Sí, sí, mon pon amigo. He aquí lo que fosotros llamar ona alforja; on lado para fos, é l'otro para mi. Coando estar llena, mi colocala en on capallo para ahorraros el trapajo de llevarla.

— ¿Luego ha venido vm. con un caballo?

— Sí, mon pon amigo, é haferlo atado á on árpól aquí cerca.

— En cuanto á esto, debo decir á vm. que su caballo de vm. no llevará mi dinero.

— ¿Non? ¿de que tener miedo?

— Solamente de perder de vista el caballo, el caballero y el dinero.

— ¡Diaplo! fos tratar á on hidalgo como si ser on gran pripon.

— ¿A que viene esta contienda? ¿quiere vm. que subsista el tratado ó no? Si á vm. no le importa nada, vuelvome inmediatamente á la granja del arrendador Ringan, cuyo lecho de paja de cebada me ha pesado dejar en una noche como esta, y repondré la pala y el azadon en el lugar de donde los he sacado.

Dousterswivel reflexionó un instante. Dejando partir á Edie, hubiera podido apropiarse de la totalidad del tesoro que esperaba encontrar; pero reflexionó que en este caso caería de instrumentos para cavar, y aun cuando los tuviese, no podría acaso por sí solo llegar á la profundidad necesaria para el feliz hallazgo. Lo que le retraía sobre todo de tomar este partido, era el recuerdo del miedo que habia tenido la noche en que fué á las ruinas con sir Arthur, y estaba muy lejos de sentirse con el valor oportuno para perturbar solo el reposo de la tumba de Malcolm Baltardo. Procuró pues recobrar su tono acostumbrado de adulacion y lisonja, por mas que estuviese interiormente disgustado; rogó á son pon amigo el señor Edie que le guiasse,

en la inteligencia de que estaba pronto á hacer todo lo que él dispusiese.

— Pues bien, partamos, dijo Ochiltrie, pero cuidado en no resbalar con esas yerbas y las piedras esparcidas por el sendero. No sé si podremos conservar la vela encendida con el viento que hace; fortuna que la luna alumbraba de cuando en cuando.

— Diciendo esto, Ochiltrie, á quien iba siguiendo despacito el Aleman, se adelantaba ácia las ruinas. Paróse luego de sopetón, y volviéndose á su compañero: — Señor Dousterdiablo, le dijo, vm. que es tan docto y que conoce todas las maravillas de la naturaleza, hableme vm. con franqueza, ¿ cree vm. en duendes y almas en pena? ¿ sí, ó no?

— ¡ Ah, pon señor Edie!.... no ser este el tiempo y lugar oportuno para hacerme semejantes preguntas.

— Sí tal, pues no debo ocultar á vm. que se pretende que el alma de Baltardo se ha aparecido aquí muchas veces. No sería muy agradable, por cierto, que se presentase durante esta bonita noche; por otra parte, acaso no se mostraria muy satisfecho de la visita que vamos á hacer á su tumba.

— *Alle guter geister*, murmuró el Aleman, y el temblor de su voz hizo que se perdiese el resto de la invocacion. Fos hacer moy mal en

haplar asi; despues de lo que hafer fisto y oido mi mismo en persona en este sitio, mi creer ferdaderamente....

— En cuanto á mi, dijo Edie entrando en el coro con cierta fanfarronada, no me costará mucho hacer crugir mi dedo pulgar para impedirle de comparecer. A mas de que él es una alma sin cuerpo, y nosotros tenemos cuerpo y alma.

— ¡ Silencio, por amor de Dios! exclamó Dousterswivel: ¿ que necesidad tener de haplar asi de los difontos?

— Pues bien, dijo el mendigo abriendo su lamparilla, ya estamos en el lugar á propósito, y almas ó no almas, cavaré un poco mas en esta tumba.... Bajó á la zanja de la cual habian sacado la preciosa caja el dia anterior, y se puso á trabajar con el azadon. Pero al cabo de pocos instantes, hallandose fatigado ó fingiendo estarlo: — Mis brazos no pueden ya soportar el trabajo, dijo á su compañero, me es preciso descansar. Pongase vm. ahora en lugar mio, empiece vm. por echar la tierra fuera, y prosiga despues la escavacion. Pronto relevaré á vm.

Salió Ochiltrie de la zanja, y habiendo Dousterswivel entrado en ella, se puso á trabajar con todo el ardor que la codicia y el deseo de abandonar aquel sitio lo mas pronto

posible podian inspirar á una alma interesada, tímida y sospechosa.

El mendigo, sentado con toda comodidad al borde de la tumba, se limitaba á exhortar á su compañero que trabajase con buen ánimo. — A fé mia, dijo, poca gente trabaja por tan buen salario. Aun cuando no encontrásemos mas que una caja diez veces mas chica que la de nº 1, valdria mas del doble, porque estará llena de oro, y no de plata como la otra. Bravo, amigo mio, bravo, parece que toda su vida ha manejado vm. la pala y el azadon; creo que seria vm. capaz de ganar un jornal de media corona. Cuidado con esa piedra. — Y fingiendo ayudar al Aleman á sacar del foso una grande piedra, se la echó á las piernas.

En este intervalo, Dousterswivel trabajaba con ahinco para despejar un fondo lleno de greda y de piedras, echando ternos interiormente; pero si una sílaba de blasfemia se asomaba á sus labios, Edie mudaba al instante de batería.

— No jure vm., cuidado con esto: ¿sabe vm. quien puede escucharnos?... ¡Ay Dios mio! ¿que es lo que veo allá abajo?... Nada, nada, no es mas que una rama de hiedra que da encima de aquella pared; pero con el resplandor de la luna parecia el brazo de un difunto con un cirio en la mano, y aun he llegado á

ereer por un momento que fuese el mismo Baltardo. Vamos, ánimo, limpie vm. la zanja, saque vm. la tierra que se ha desprendido. ¡Toma! seria vm. tan buen sepulturero como Will Winnet, que es cuanto hay que decir. ¡Y bien! ¿que es esto? ¿por que se para vm.?

— ¿Por que? replicó el Aleman con tono de cólera y disgusto; porque ya hafer encontrado la roca fifa que serfir de base á estas malditas roinas.

— ¿Es posible que pierda vm. el ánimo en el momento de realizarse nuestras esperanzas? Esta es sin duda la piedra que cubre el tesoro. Tome vm. el azadon, y dé vm. de recio. Algunos buenos golpes bastarán para romperla. Mas fuerte.... ¡bravo! asi lo hiciera Wallace.

Dousterswivel, escitado por la esperanza que fomentaba á cada paso Edie con nuevos rasgos halagüeños, dió algunos golpes en toda su fuerza, levantando tanto como pudo los brazos, de suerte que logró romper no la piedra que era realmente la roca viva, sino el azadon de que se servia.

— ¡Vaya con Dios! exclamó Edie, he aquí roto el azadon de Ringan. ¿No es una vergüenza que se vendan en Fairport tan malas herramientas? pero adelante, prosiga vm.; pruebe vm. con la pala.

El Aleman, sin contestarle, salió de la zanja que podría tener entónces unos seis piés de profundidad, y dirigiéndose á su compañero con la voz trémula por la indignacion:— Señor Edie, exclamó, mi enseñaros á reiros á mis espensas, mi haceros conocer á Herman Dusterswivel.

— ¡Oh! le conozco á vm. bien, señor Dusterdiablo; mucho tiempo hace que le conozco, pero no se trata aquí de bromear; me interesa tanto como á vm. encontrar el tesoro. Nuestra alforja debia ya estar llena; espero que será bastante capaz para contenerlo todo.

— ¡Miserable mendigo! si folfer á gastar otra cochofleta, mi henderos el cráneo con esta pala.

— ¡Bueno! ¿ignora vm. que tengo buenas manos y un baston herrado? Vamos, vamos, señor Dusterdiablo, no he vivido aun bastante tiempo para que me den de este modo el pasaporte. ¿Que motivo tiene vm. para enfadarse asi contra sus amigos? Yo voy á trabajar á mi vez, y apuesto á que encuentro el tesoro dentro de un minuto. Y diciendo esto bajó á la zanja.— Déme vm. la pala, dijo al Aleman.

— Mi juraros, señor Edie, exclamó Dusterswivel, cuyas sospechas estaban entónces sumamente alerta, que si hafer querido di-

fertiros á mis espensas, pronto hacer mi lo mismo á las fostras, rompiendoos los huesos.

— ¡Oiganle vms.! exclamó Edie; como sabe el medio de que ha de valerse para obligar á la gente á encontrar tesoros! Apuesto á que en esta parte ha recibido alguna leccion.

A estas palabras que contenian una alusion directa á lo que se habia pasado entre él y sir Arthur cuando el hallazgo del cuerno, acabó de perder el Aleman la poca paciencia que le quedaba, y cogiendo el mango del azadon roto, hubiera descargado un terrible golpe á la cabeza del mendigo, á no gritar este con voz firme é imponente:— ¡Como es eso! ¿ cree vm. acaso que el cielo y la tierra han de permitir que asesine vm. de este modo á un anciano indefenso? Mire vm. lo que hay á sus espaldas.

Dusterswivel volvió entónces la cabeza, y con suma consternacion suya vió que le estaba ya picando los talones una figuraza negra. Esta aparicion no le dió tiempo siquiera ni de defenderse, ni de proferir un exorcismo, pues su enemigo desconocido, pasando luego á los hechos, hizo llover sobre sus espaldas un granizo de golpes tan bien aplicados, que cayó en tierra, y quedó algunos minutos sin conocimiento.

Quando volvió en sí, se halló solo en el

coro, tendido sobre la tierra húmeda sacada de la tumba de Malcolm Baltardo; levantóse con una mezcla confusa de dolor físico, de cólera y de terror, y solo al cabo de algunos instantes pudo despejarse su entendimiento para recordar el motivo que le trajo á aquel sitio, y lo que en él le habia pasado. Reflexionado bien todo, no puso la menor duda en que el cebo presentado por Edie para atraerle á aquel lugar retirado, las burlas y sarcasmos que habian promovido la contienda, el socorro tan á propósito á favor del mendigo, y los palos de que sus espaldas conservaban todavía las señales, eran las diversas partes de una conjuracion tramada contra Herman Dousterswivel. No podia resolverse á considerar á Edie Ochiltrie como el único malicioso autor de la fatiga, el miedo y los golpes que alternativamente le habian afligido, y se inclinó á creer que solo habia representado un papel que le distribuyera otro mas importante personage. Vacilaban sus sospechas entre Oldbuck y sir Arthur. El primero no habianunca procurado disimularle su aversion y desprecio; pero él habia causado al segundo un perjuicio irreparable; y por mas que estuviese convencido de que el baronet no conocia aun toda la estension de los daños, era presumible que habia entrevisto suficiente-

mente la verdad para formar proyectos de venganza. Ochiltrie, por otra parte, habia indicado una circunstancia de que debia presumir el Aleman que solo él y sir Arthur tenían conocimiento; era preciso, pues, que este se la hubiese comunicado. A mas de que sir Arthur no le habia defendido con mucho empeño cuando Oldbuck le atacó tan directa y vigorosamente. Por fin, el modo con que suponía que el baronet habia querido vengarse concordaba bastante con el que habia visto en otros países que conocia mejor que el norte de Inglaterra. Para él, como para la mayor parte de los malvados, sospechar un agravio y hacer juramento de vengarse de él, no era mas que una sola operacion del ánimo. Asi pues, no pasó mucho tiempo en decidirse á jurar la ruina de su bienhechor, y por desgracia le sobraban medios de acelerarla.

Pero, por mas que los proyectos de venganza circulasen ya por su imaginacion, no era aquel el momento de adoptarlos: la hora, el lugar, el temor de que sus enemigos no estuviesen inmediatos á él ó por aquellos alrededores, hiciéron que el Aleman no pensase por entónces mas que en el cuidado de su conservacion. En el primer momento de sobresalto se le habia caído la linterna, apagandose la vela. El viento, que poco ántes soplabá con

tanta violencia en las ruinas, habia cedido á una copiosa lluvia; la luna desapareció enteramente; y por mas que Dousterswivel conociese bastante bien el local, y supiese que debia salir del coro por una puerta situada al lado del oriente, se hallaba en tal confusion de ideas, que se pasó algun tiempo ántes de poder atinar en que parte debia buscarla. En esta incertitud, gracias á la oscuridad y á su conciencia, volviéron á ofrecerse á su imaginacion todos sus objetos supersticiosos, pero procuró briosamente alejarlos.

— ¡Poperías, necedades! dijo para sí; el prazo que haferme sacodido ser demasiado pesado por on espíritu. ¡Diaplo!.... ¡on paronet escocés de testa dura, á quien hafer traído por el capestro por espacio de cinco años, jogar semejante pieza á Herman Dousterswivel!

Cuando hubo sacado esta conclusion de sus argumentos, un nuevo incidente volvió á sumergirle en la duda y en la incertitud. En medio del moribundo susurro de los vientos y del ruido que hacian las gordas gotas de agua al caer sobre las piedras y las hojas de los árboles, oyó á poca distancia de él, á lo que parecia, una música vocal cuyos acentos eran tan lúgubres y solemnes, que pudiera creerse que las almas de todos los monges que habian habitado antiguamente aquel priorato

estaban reunidas para lamentarse de la soledad y desolacion de que era entónces el teatro aquella santa morada. Aquel nuevo fenómeno pareció echar raices á los piés de Dousterswivel, que recorria á tientas las paredes del coro. Todas las facultades de su alma se habian concentrado en aquel momento en el sentido del oido, y reconoció uno de los cantos lúgubres que consagra la iglesia romana á las exequias de los difuntos. ¿Que cantores desconocidos é invisibles eran estos? ¿por que se oian sus voces en aquella soledad? He aquí dos cuestiones que apénas se atrevia á hacerse, y no podia absolutamente resolver su asustada imaginacion, entregada á todas las quimeras supersticiosas de los Alemanes sobre las brujas, las hechiceras, los duendes y los espíritus blancos, pardos, negros, y de toda especie de colores.

Otro de sus sentidos no tardó mucho en tener ocupacion. En uno de los extremos del coro habia una escalera cerrada con una reja de hierro que conducia á las bóvedas subterráneas. Empezó por ver una luz rojiza salir por entre las barras de la reja y reflejar en los primeros escalones. Dousterswivel vaciló un momento; luego tomando de golpe una resolucion desesperada, avanzó ácia el punto de donde salia la luz.

Pronunciando todos los exorcismos que le pudo suministrar su memoria, y armandose con esto de un nuevo valor, acercóse á la reja desde donde podia ver sin ser visto todo lo que pasaba en el subterráneo. Mientras lo verificaba con paso tímido é incierto, cesáron los cantos, y sucedió á ellos el mas profundo silencio. Al llegar á la reja, ofrecióse á su vista un espectáculo que por cierto no se prometia. Una tumba abierta, cuatro hachas de cerca de seis piés de altura, colocadas á cada esquina; un ataúd descubierto, ostentando un cadáver con los brazos cruzados, puesto sobre caballetes al lado de la tumba; un sacerdote con casulla y el libro del oficio divino en la mano; otro eclesiástico con sobrepelliz, llevando el acetre con su hisopo; dos niños con túnica blanca agitando unos incensarios; un hombre alto, de una figura en otro tiempo imponente, encorvado ahora por la edad y las enfermedades, de pié al lado del ataúd, vestido de luto; tales eran los principales objetos del grupo. A alguna distancia, á lo largo del subterráneo, habia de dos en dos varias personas de ámbos sexos, todas enlutadas, inmóviles como estatuas, llevando un cirio de cera negra en la mano. El sacerdote leyó entónces con voz alta y sonora las preces solemnes que ha consagrado el ritual de la Iglesia católica

á la ceremonia de volver el polvo al polvo.

Entretánto, Dousterswivel no sabia si estaba despierto ó si soñaba, si veia á hombres que rendian los fúnebres honores á otro hombre, ó si los espíritus fascinaban su imaginacion, representandole ceremonias religiosas celebradas antiguamente con tanta frecuencia en aquel sitio, pero muy raras en el dia en paises protestantes, y mas todavía en Escocia. No sabia si aguardar el fin de la ceremonia, ó si retirarse para continuar buscando en las tinieblas la puerta de salida del coro, cuando un pequeño movimiento que hizo fué causa de que uno de los circunstantes le descubriese. Este fué á dar parte de la novedad al personage principal, que estaba separado de los demas, mas inmediato al ataúd: habiendo recibido sus órdenes, se adelantó con otro que estaba á su lado; ámbos, marchando quedito para no interrumpir las exequias, abriéron la reja que los separaba del Aleman; cada uno de ellos le cogió por un brazo con una fuerza que hiciera inútil toda resistencia, si el terror le permitiera pensar en semejante cosa; mandáronle sentar en una piedra del coro, y permaneciéron á su lado como para que no se escapase. Convencido entónces de que habia caido en manos de hombres semejantes á él, desplegó los labios

para hacerles algunas preguntas; pero uno de sus centinelas le señaló con el dedo el subterráneo donde se oía la voz del sacerdote que leía el oficio de difuntos, mientras que el otro aplicandose un dedo á la boca parecia ordenarle el silencio, mandamiento que el Aleman juzgó prudente guardar al pié de la letra. Tuviéronle asi hasta que un *requiescat in pace*, qué resonó por las bóvedas solitarias de San Ruth, hubo dado fin á la singular ceremonia de que la casualidad le habia hecho testigo.

Quando todo hubo vuelto á entrar en el silencio y la oscuridad, sonó la voz de uno de sus guardianes que le dijo con tono familiar: — ¡Ay Dios mio! ¿es vm., señor Dousterswivel? ¿por que no nos ha dicho vm. que deseaba asistir á la ceremonia? Ya vé vm. que á milord no podia parecerle bien que se hiciese semblante de venir á espiarle de esta suerte.

— En nombre de todas las potencias del cielo y de la tierra, dijo el Aleman, sacarme de todas, declararme por fafor quien ser fos.

— ¡Quien soy yo! ¿quien quiere vm. que sea, sino Ringan Aikwood, arrendador en Knockwinnock. ¿Y que hace vm. aquí á tal hora de la noche? ¿sin duda no ha tenido vm. mas objeto que ver el entierro?

— Mi asegoraros, mon pon Ringan Aik-

wood, que hafer sido esta noche ropado, asesinado, moy próximo á bajar al sepulcro.

— ¡Robado! ¿y quien se atreveria á robar en este sitio? ¡Asesinado! pero no ha perdido vm. todavía el movimiento de la lengua. ¡Próximo á bajar al sepulcro! ¿quien pudo causar á vm. todo este daño, señor Dousterswivel?

— ¡Quien! mon pon siñor Aikwood, ese feijo perro infiel de la capa azul, Edie Ochiltrie.

— Es imposible; esa sí que no me la trago. Conozco á Edie, como le ha conocido mi padre ántes que yo, es decir, por un hombre franco, leal y tranquilo. Por otra parte, en este instante duerme á pierna suelta en mi granja, y no ha salido de ella desde las diez de la noche; por consiguiente, que vm. ú otro haya sido el agresor, respondo con mi cabeza que Edie es inocente.

— E mi responderos, siñor Ringan Aikwood, que fostro inocente amigo Edie Ochiltrie haferme ropado esta noche cinquenta lifras, y que en este momento tanto estar él en fostra granja como yo en el reino de los cielos.

— Pues bien, señor Dousterswivel, ahora que ha dado fin la fúnebre ceremonia, si gusta vm. venir á mi casa, se le proporcionará una

cama para pasar el resto de la noche, y se verá al mismo tiempo si Edie está en la granja. Ello es cierto que miéntras traíamos el cadáver, hemos visto á dos bribones cerca de las ruinas; y el cura, que no gusta de que los hereges asistan á las funciones de nuestra iglesia, ha destacado á dos de los nuestros para perseguirlos, de suerte que no tardáremos en saber algo de ellos.

Diciendo esto, iba quitandose el arrendador su capa de luto; su hijo, que era el otro personage mudo, hizo otro tanto, y todos se pusieron en marcha para el hospitalario albergue donde Dousterswivel debía encontrar el reposo de que tanto necesitaba.

— Mi dirigirme mañana á los magistrados, decia el Aleman; hacer faler la ley contra los colpaples.

Miéntras que así formaba proyectos de venganza, salia de las ruinas apoyado en Ringan y en su hijo, pues el estado de debilidad en que se hallaba le hacia muy necesario este socorro.

Cuando llegaron á la altura que domina la pradería donde habia sido construido el priorato, observó Dousterswivel que salian por el otro lado las hachas y los cirios que tanto le habian asustado, y su luz reflectia en las aguas del lago. Siguió algun tiempo con la

vista aquella procesion que se adelantaba algo desordenada; pero desapareció repentinamente, habiendose apagado á un mismo tiempo todas las luces.

— En semejantes casos, dijo el arrendador, solemos apagar las hachas y los cirios en el pozo de la Santa Cruz.

No quedó pues vestigio alguno de aquella lúgubre ceremonia, escepto el ruido de los pasos de los caballos que montaban los actores de la escena, ruido que, disminuyendo á medida que se alejaban, cesó muy pronto enteramente.

